

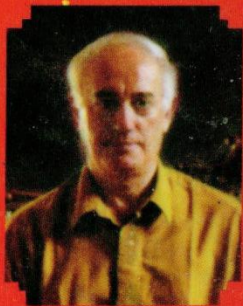


A partir de los 9 años

En las páginas de su diario secreto, Lucas se pone a salvo de todos los “agentes infiltrados” que hay en su vida, incluida su familia, la nana, el “psicologo” y su profe, quienes acechan sus pasos y pensamientos tergiversando el sentido de sus actos: si él *escribe*, le recriminan que esté *rayando* la pared; si se mira los codos, descubre que estos permanecen calladitos, develando el error de su papá, que le reprocha el *hablar hasta por los codos* (¿o estará sordo?); si lo llaman “niño problemático”, es porque resuelve todos sus problemas sin mirar jamás el pizarrón, pero desbocándose con una imaginación minuciosamente atenta a las hormigas.

Cree que su papá quiere más a su auto que a él; que su mamá ama sólo a su hermanita recién nacida; que el profe y el psicologo están en su contra; pero, a pesar de todas estas contrariedades que le vienen por ser un “niño problemático”, se refugia en las ensoñaciones que le inspira su amada Valentina.

Y así, suman y siguen estas páginas secretas, catastro humorístico de este niño absurdamente sensato, que descorre el telón de su incomprensible inteligencia como un personaje que hubiere saltado desde las tablas de la inocencia hasta los renglones de la lógica, rozando en su acrobacia imaginaria ese tierno sin-sentido del mundo que sella con graciosa humanidad el gran Jorge Díaz, su autor, su creador y su cómplice.



 **edebé**
Editorial Don Bosco



El diario secreto de Lucas

JORGE DÍAZ



 **edebé**
Editorial Don Bosco

El diario secreto de Lucas
Jorge Díaz

Dirección editorial: Mónica Muñoz Paredes
Diseño editorial: Patricia
Edición: Mónica Muñoz Paredes
Ilustración: Mónica Muñoz Paredes
Distribución: Mónica Muñoz Paredes

El diario secreto
de Lucas

Jorge Díaz
Escritor chileno
Escritor chileno
Escritor chileno
Escritor chileno

Registro de Propiedad Intelectual Nº 100.000
I.S.B.N. 978-956-470-445-7

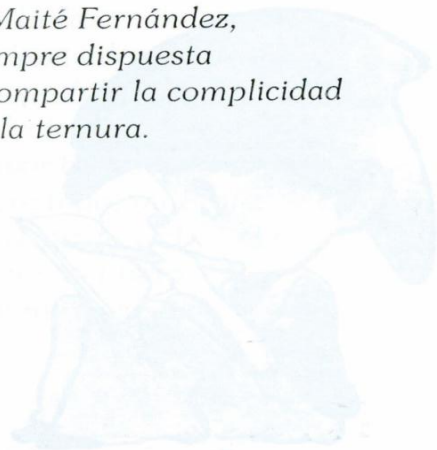
El diario secreto de Lucas es un libro que
de manera sencilla y directa nos muestra
cómo se vive en un mundo tan complejo
y cambiante como el nuestro. Es un libro
que nos hace reflexionar sobre nosotros
mismos y sobre el mundo que nos rodea.

El libro se divide en tres partes
que corresponden a los años
1997, 1998 y 1999.

edebé

Edición de la colección "El diario secreto"

A Maité Fernández,
siempre dispuesta
a compartir la complicidad
de la ternura.





¿Cómo se empieza un diario? ¿la fecha? ¿no tengo idea? ¿mi lunes a lo mejor es martes?

Yo, Lucas,
declaro solemnemente
que prohíbo que lea
este diario toda persona
mayor de 10 años y
sobre todo, mi Profe,
mi dentista y el
matón del Beto,
que me cae mal.

¿Cómo se empieza un diario? ¿la fecha?... no tengo idea. Si no es lunes, a lo mejor es martes.



¡Mi mamá me pilló rayando la pared de mi dormitorio. Ella dijo “rayando”, pero en realidad, yo estaba escribiendo. Era un mensaje en clave para la Valentina.

Se enojó de verdad. Cuando se enoja de mentira no se le ponen los ojos chicos ni se le mueven las orejas. Esta vez era de verdad.

Me gritó:

—¡Vas a terminar como esos grafiteros que detuvieron en Perú! ¡Te van a extraditar! ¡Vas a ser la vergüenza de la familia!

No le entendí ni una palabra. Yo no sabía que un gáster del Perú había escrito un mensaje en clave para la Valentina en la pared.

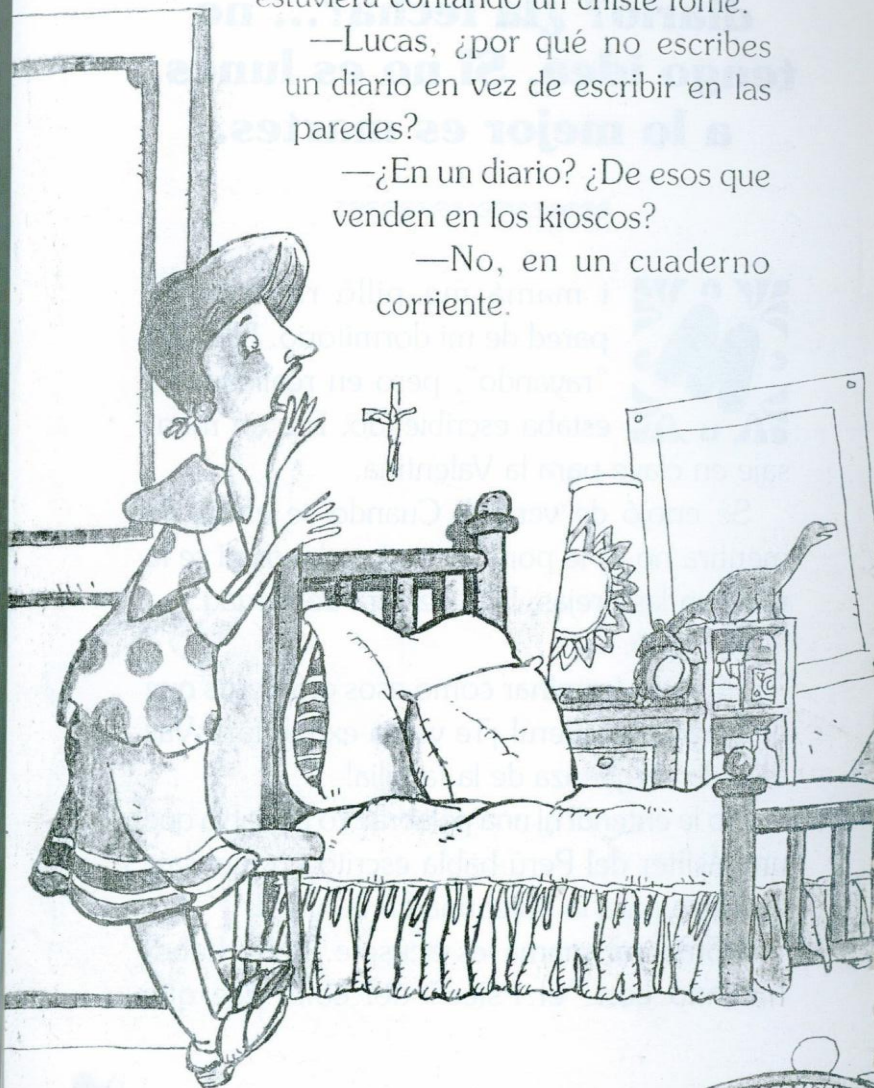
Como mi mamá es acusetete, debe haber hablado con “el Psico” del cole, ése que

le sonríe mucho a uno, como si le estuviera contando un chiste fome.

—Lucas, ¿por qué no escribes un diario en vez de escribir en las paredes?

—¿En un diario? ¿De esos que venden en los kioscos?

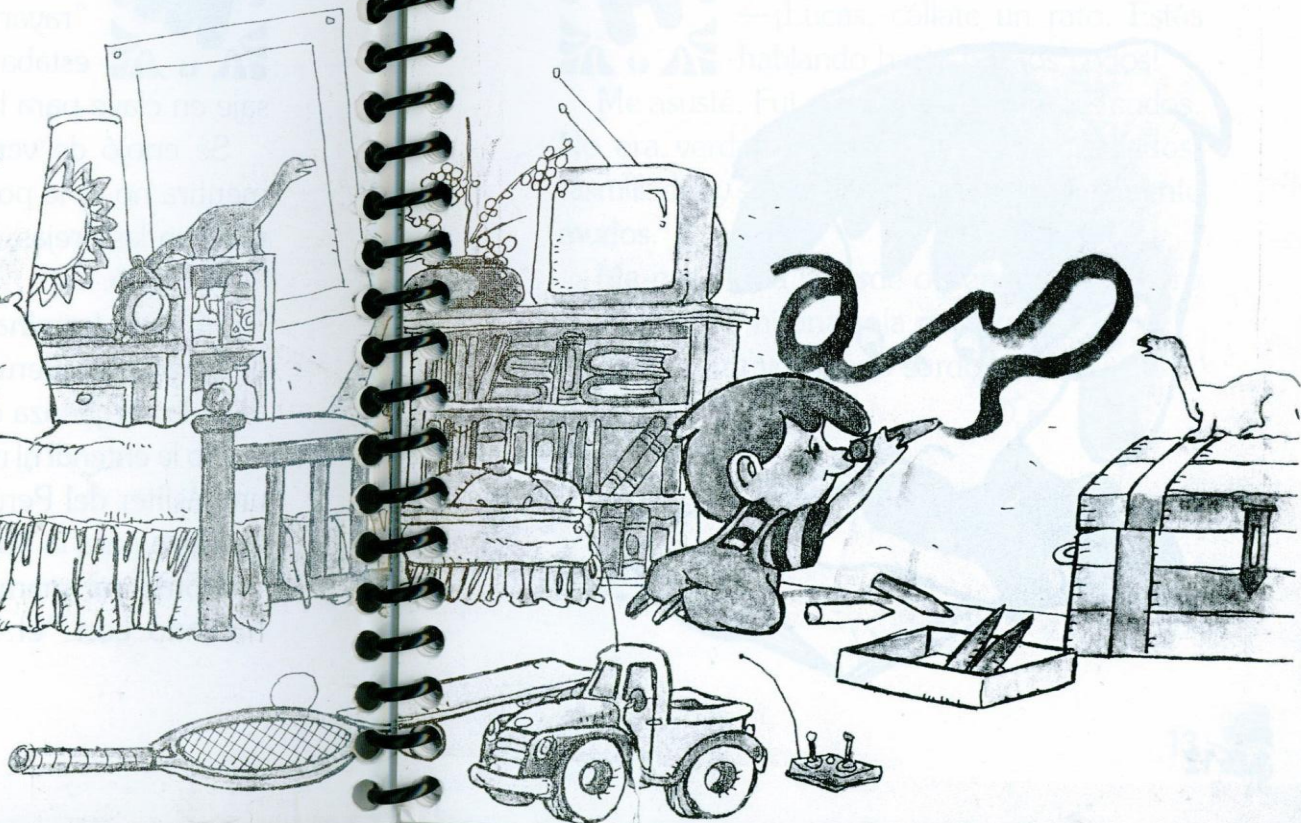
—No, en un cuaderno corriente.



—¿Escribir qué?

—Eso es cosa tuya. Nadie lo leería. Sería un secreto.

Esa parte me gustó, quiero decir, lo del secreto. En mi familia no se pueden tener secretos de ninguna clase. Todos son “agentes infiltrados”, la primera de todos, la nana. Pero si “el Psico” del cole lo decía, ya es otra cosa.



Hoy empecé a escribirlo, aunque estuve dos horas mirando la página en blanco. No se me ocurría nada. Ni siquiera un mensaje en clave para la Valentina.

No sé si va a ser muy divertido. Por lo menos, lo voy a intentar.



Por la noche de cualquier día.



oy por la mañana mi papá me dijo:

—¡Lucas, cállate un rato. Estás hablando hasta por los codos!

Me asusté. Fui al baño y me miré los codos. No era verdad. Mis codos estaban callados; rasmillados y sucios, claro, pero completamente mudos.

Me pasé toda la tarde observándolos, pero no han dicho ni una sola palabra.

¿Me estaré volviendo sordo?...





Mi papá y mi mamá

Hace un rato, no más.



uando veo la tele con mis papás, es una lata. Solo quieren poner las noticias y ver las guerras que hay por todas partes.

La gente grande es muy pequeña. No saben jugar a otra cosa que a las guerras de verdad.

¡Con lo divertida que es la guerra de mentira!

Atención... ¡Pim, Pam, Pum! ¡Fuego!...

Apunte mal el misil y rompí un globo de la lámpara. Ahora estoy escondido. Mi mamá me llama a gritos. Me parece que entre ella y yo va a estallar una guerra de verdad.



El miércoles, o algo así.



o estaba muy ocupado y mi mamá me interrumpió sin ninguna consideración, como suele hacerlo.

Me estaba sacando un moco de la nariz. Ya me encontraba en la etapa final, la más satisfactoria. Entonces, mi mamá me sacó el dedo sin contemplaciones y lo limpió con un pañuelo. Me dijo:

—¡Cochino!

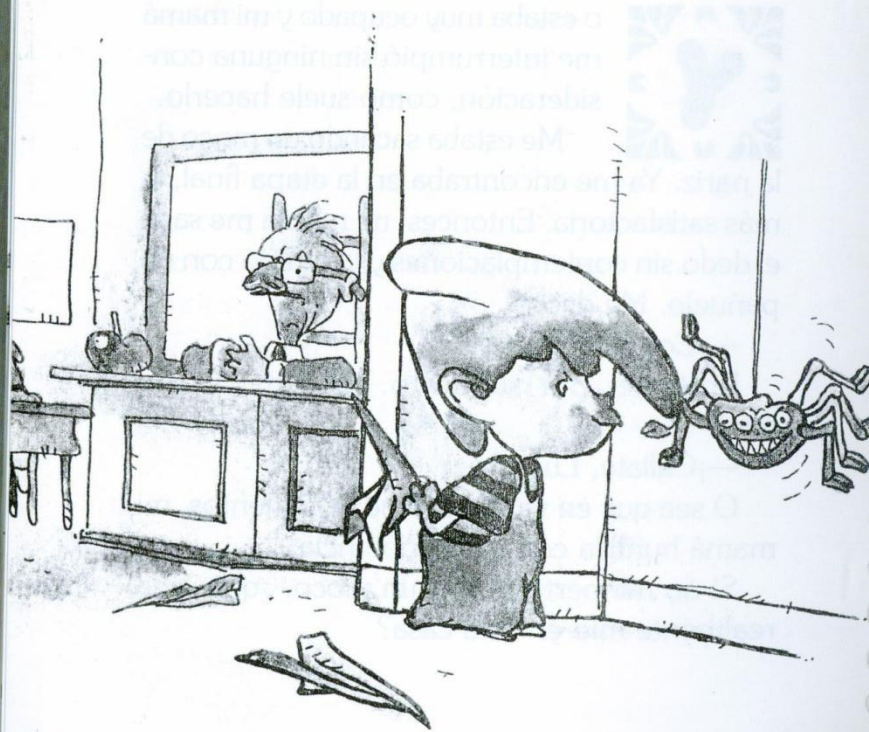
Protesté, por supuesto. ¡Ese moco era mío!

—¡Cállate, Lucas!

O sea que en vez de darme argumentos, mi mamá humilla con su prepotencia.

Si no me pertenece ni un moco, ¿qué es lo realmente mío en esta casa?





Jueves, al volver del colegio.



n clase, yo chateo con la Valentina sin computador. Nos intercambiamos avioncitos de papel. El Profe me pilló y me castigó, poniéndome de cara a la pared.

Mirando una grieta de la muralla, descubrí una arañita muy simpática que se balanceaba, colgando de su hilo. Me pareció que estaba en el circo y ella era la trapecista. Se llama Valentina. Mientras a mis espaldas el Profe hablaba de la Ley de la Gravedad, yo chateaba con la arañita equilibrista.

Estoy deseando que mañana me castiguen de nuevo para ver el circo de Valentina.





No sé qué día es.



éi en un cuento que la Mamá Lagartija le daba al Lagartijín moscas para el desayuno.

Ayer encontré una mosca en mi leche con cereales. ¡Todas las madres son iguales!

Tendré que hablar seriamente con la mía. ¡Yo no quiero moscas para el desayuno!



Por la noche. Estoy picado.



dio las mayúsculas! Son como el Beto, el matón de mi clase. Es más alto que yo, gordo y garabatea a todo el mundo. Raya las paredes del colegio con su nombre en mayúsculas: *BETO*. Por eso, yo escribo solamente con minúsculas.

El Profe me llena los cuadernos de correcciones en rojo y me zumba en el oído:

—¡Usa las mayúsculas, Lucas, usa las mayúsculas!

Por más que me siga poniendo un 1 en Lenguaje y Comunicación, yo no pienso dibujar en el papel



esas letras matonas y gordas. Me gustan las minúsculas, como la valentina, que es bajita, amable y pasa desapercibida.

El sábado por la tarde.

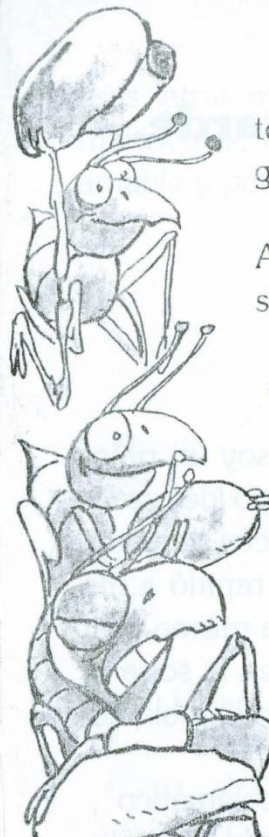


El Profe dice que yo soy un niño problemático. No tengo idea de lo que es eso, pero no debe ser nada bueno, porque se lo repitió a mi mamá y ella puso una cara rara, la misma que pone cuando yo meto los codos en la sopa o hago olitas en la tina de baño con la tabla de surf del papá.

El Profe debe decir eso de “problemático”, porque yo resuelvo todos los problemas sin mirar al pizarrón.

—¡Mírame cuando te hablo, Lucas! —grita desde la tarima.

Cómo voy a mirarlo si descubrí un hormiguero en un rincón de la sala. ¡Es increíble! Caravanas interminables de hormigas esconden sus




tesoros allí y desaparecen por una grieta del piso.

Les llevo comida y se amontonan. Arrastran las migas del queque como si fueran un camión tolva.

Las cuento y voy tomando notas en mi cuaderno de Matemática. Con la calculadora del Benja he llegado a resultados impresionantes. Entran 45 hormigas por segundo, esto significa que en tres días se han metido en el hormiguero 194.400 hormigas.

¿Cómo quiere el Profe que yo preste atención a los viajes



de Marco Polo, si tengo debajo de mis pies a unas aventureras mucho más reales y arriesgadas?

Debo estar atento para calcular cuántas hormigas entran en el hormiguero en una semana. A lo mejor el Profe me llama "niño problemático" por eso, porque puedo calcular hasta cuántos pelos le quedan en la cabeza.

Se lo conté a mi mamá y ella se puso a gritar que era "alérgica" a las hormigas, y que si traía una sola hormiga más a la casa me iba a fumigar.

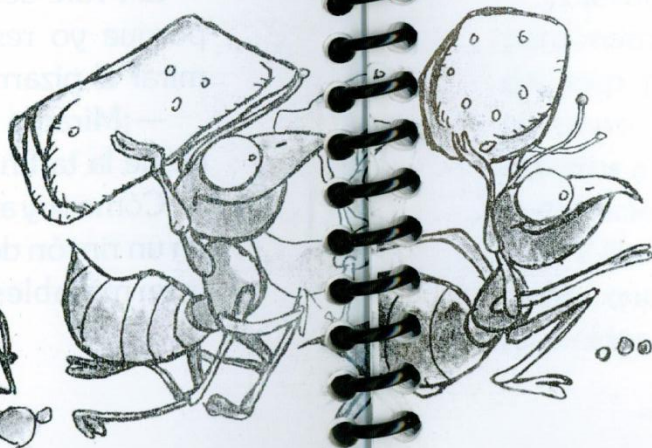
Corrí a mirar el Diccionario:

"Fumífero"... Que echa humo.

"Fumigación"... Acción de fumigar.

"Fumigar"... Desinfectar por medio de humo, gas o vapores tóxicos...

Estoy aterrado. Yo creí que mi mamá me quería.



Otro sábado sin mi papá.



a única noche que rezo es cuando mi papá se va los sábados a "jeeper" con mi tío a las dunas de Pichilemu:

"Padre nuestro que estás *jeeperando* junto con Batman y el Hombre Araña, no te olvides de traerme una tortuga de verdad. Las que tienen pilas son una lata, no comen ni hacen caca.

"Llévame a tu Reino de los *jeeperos* y perdóname que te haya desinflado una rueda del *jeeper* para que no salieras, así como yo perdono al Ulises, que le manda recados secretos a la Valentina. Y no me dejes caer en la tentación de sacarle la mugre en cuanto lo vea. Y líbrame del mal, es decir del profesor de inglés, que huele a azufre y tiene los colmillos retorcidos. Amén".

Un día cualquiera para olvidar.



e llevaron al dentista y le mordí un dedo. Lanzó un grito tan espantoso que casi me deja sordo. Le vendaron el dedo y no pudo seguir metiéndose en mi boca. Le dijo a mi mamá que yo tenía los dientes de un lobo hambriento y que me llevara a un veterinario.

Me castigaron, claro, pero no me llevaron a un veterinario, sino a otro dentista. Se ve que le habían contado lo del mordisco al colega, porque me puso un bozal y no le pude morder nada.

¡Qué suerte tiene mi abuela! Todos sus dientes están en un vaso de agua sobre el velador. Ella se los puede dar al dentista sin necesidad de abrir la boca.



¿Por qué no me compran a mí una dentadura como la de mi abuela?

El Profe nos habló el otro día de los Derechos Humanos. No dijo nada sobre los dientes, pero yo creo que se refería a los dentistas. Tengo que hablar con mi papá de hombre a hombre sobre este tema.



Diciembre, por fin.



En la clase de Religión, el cura Felipe nos preguntó cómo era Dios.

—Es un tipo alto y maceteado —dijo el Beto, porque él quiere jugar rugby, pero no lo dejan porque es chico, guatón y se tira peos.

—No, es como mi abuelo: calvo y con barba —dijo la Valentina.

Y yo aplaudí, pero me hicieron callar.

—Dios anda en moto por arriba de las nubes —intervino el Nico, que es medio pajarón.

—Dios es como el Viejo Pascuero —gritó el Toño, que es casi enano y grita para que lo vean.

—Dios no tiene cara —dijo el Matías, que es el primero de la clase y se las sabe todas.



Yo no dije nada. ¿Para qué les iba a contar que Dios me mandó una fotografía suya firmada para mi cumpleaños? Ése es mi secreto.



¿Junio o Julio?... no tengo idea.



El Profe nos pidió que escribiéramos algo sobre el Zoológico. Mi trabajo decía así:

“Yo vivo dentro del Zoológico. Por mi lado pasan corriendo los hipopótamos amarillos que fuman todo el tiempo, se parecen mucho a las micros. Las manadas de búfalos tocan las bocinas y se chocan entre sí. Las lechuzas juegan a ser semáforos. Los burros y las ovejas entran a comprar en las tiendas y los loros anuncian a gritos lo que venden en las cunetas.”

El Profe se rascó la coronilla y me preguntó:

—¿Y yo qué soy en tu Zoológico?

—Un pingüino viejo con anteojos —le contesté.



Todos se rieron, aunque yo no lo encuentro divertido, era la verdad, no más.

—¿Has estado alguna vez en el Zoológico?

—Una vez, señor, pero no voy a volver porque huele a caca de camello y a pichí de jirafa.

Me puso un 2. Siempre que digo la verdad me ponen un 2. ¿Por qué será?... De ahora en adelante diré puras mentiras para sacarme un 7.

Lunes. Vacaciones de invierno.



i mamá tiene guata. Dicen que es una hermanita que está creciendo allí dentro. Desde chica la tienen encerrada como a mí. Yo no puedo salir del dormitorio, que es parecido a estar en la guata de mi mamá.

Me castigaron porque me subí al techo a hacer señales de humo. Es la única manera de comunicarme con la Valentina, que vive dos cuadras más allá.

Esto de las señales de humo lo descubrí en Internet. Explicaban las palabras que se podían hacer en el aire, pero no explicaban cómo hacer el humo, así que yo junté en el techo ramas y basuras y lo conseguí. Bueno, conseguí que vinieran los bomberos.



Y ahora estoy encerrado en el dormitorio por todo el fin de semana. Igual que mi hermanita en la guata de mi mamá.

Hoy, a la hora de once.



El Profe nos dijo que era muy importante saber lo que uno quería ser cuando grande. No importa nada ser pobre o millonario, lo importante es la vocación. Yo caché al tiro al Profe: él eligió la vocación de pobre, pero la mía será la de millonario. En cambio, lo que no tengo tan claro es qué es lo que hay que hacer para llegar a serlo.

Hice una lista de profesiones posibles y anduve averiguando si con ellas uno podía ser millonario. Taché la de *chinchinero* —que siempre me ha atraído mucho— y también la de piloto de guerra,



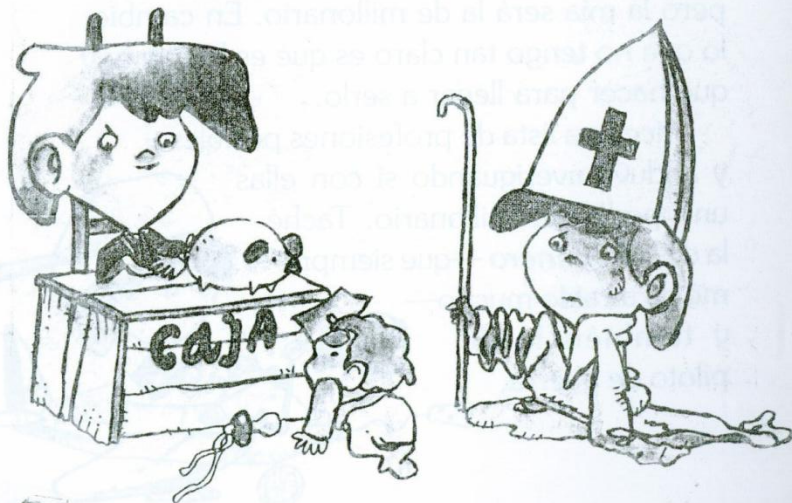
porque las guerras están muy lejos y no me dan permiso para ir.

Así, tachando y tachando, la lista se va acortando mucho. Me quedan: Obispo, cantante de rock, jugador de Loto y cajero de un Banco.

El otro día, vino un gáster a mi casa a desatascar el water, porque somos muchos y ya se sabe. Cuando se fue, mi mamá estaba indignada.

—¡Lo que me cobró ese desgraciado solo por meter la mano en el water! ¡Estos gásteres deben de ser millonarios!...

Yo corrí a mi lista y anoté: *Gáster*. Pero



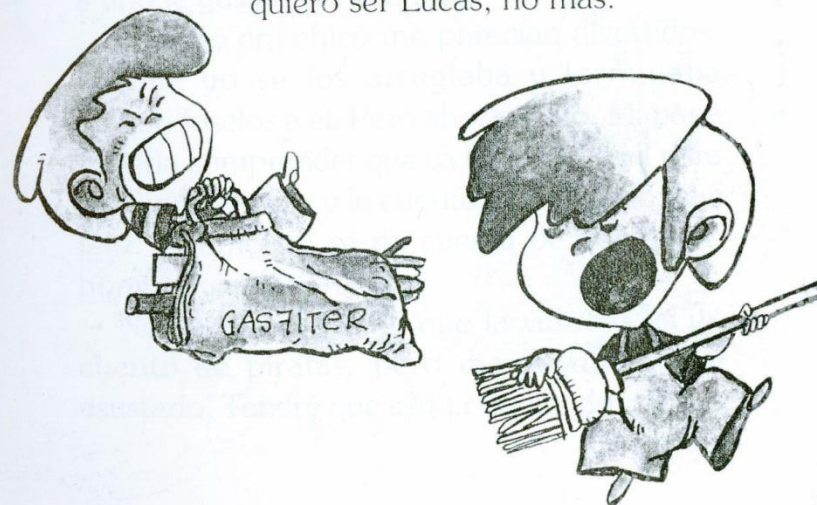
luego, pensándolo mejor, lo taché. No quiero hacerme millonario metiendo la mano en el water de los demás y menos en el de las familias numerosas.

—¿Dónde se estudia la carrera de millonario?
—le pregunté a mi papá, aunque salta a la vista que él no estudió para eso.

—Aquí en casa, haciendo las tareas y cumpliendo con tu deber —me respondió.

Al oír eso se me acabó la vocación de ser millonario. Taché esa profesión y se me acabó la lista. ¿Por qué todo será tan difícil?...

Le diré al Profe que cuando sea grande yo quiero ser Lucas, no más.



Muy tarde. Mañana es feriado.



¡Papá viene por la noche, se sienta en mi cama y me dice: —¿Quieres que te cuente un cuento?

Me da pena. ¿Por qué los papás creen que a uno le gustan sus cuentos?

Cuando era chico me parecían divertidos, porque yo se los arreglaba y terminaba contándoselos a él. Pero ahora ya no. Mi papá debería comprender que ya no tiene edad para que yo le arregle y le cuente cuentos y lo deje feliz. ¿Cómo no se da cuenta de que es un hombre grande?

No sé como decirle que la vida no es un cuento de piratas, pero me da no sé qué asustarlo. Tendré que seguir fingiendo que me

gustan sus cuentos y le cambiaré los finales cómo a él le encanta que haga.

Anoche le dije que el Pirata Pata de Titanio se había jubilado y que ahora buscaba los tesoros en Internet. Se puso muy triste y tuve que consolarlo.



Domingo por la tarde.



oy estoy nervioso, por eso las letras me salen chuecas. No es para menos: mis zapatillas se escapan por las noches. Supongo que se van de "carrete".

Al principio, fue solo una sospecha. Las dejaba en un sitio y aparecían en otro. Hay tantas cosas que no entiendo, que ésa era una más. Pero la semana pasada la sospecha se convirtió en realidad. Antes de acostarme, miré por la ventana y vi cómo la puerta de calle se abría y mis zapatillas salían en puntillas. ¡Mal agradecidas! Yo no me las quito nunca, son mis preferidas y se van sin mí, a pasarlo bien por ahí.



Desde entonces las vigilo. Amarro sus cordones a la pata de una silla, pero así y todo, se escapan. Por la mañana aparecen en el pasillo, avergonzadas, sin atreverse a entrar a mi dormitorio.

Tendré que comprarme otras. No puedo andar con unas zapatillas que yo creía mías, pero que por la noche cambian de dueño. ¡Quizás quién se las pone! Le pediré a mi mamá que me compre unas nuevas, porque mis zapatillas andan con malas compañías.

Hoy también, pero más tarde.



¡Mi mamá me dijo que yo estaba loco, que ella sacaba mis zapatillas porque oían a pescado podrido.

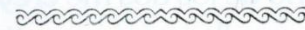
—¡Tienen ese olor desde que se escapan a fiestocas nocturnas! —le contesté.

—¡Tienen ese olor porque tú no te lavas los pies! —sentenció mi mamá.

Ahorraré para comprarme unas nuevas. Yo no quiero ser cómplice de nadie y menos de unas zapatillas viciosas. En cuanto a lavarme los pies, es una exageración muy mala para la salud. ¡Ya tengo bastante con lavarme los dientes!



Martes o miércoles. Jueves, seguro que no.



o vi en la tele: el hijo de Superman se lanzaba desde una torre y volaba. No parecía difícil. Quizás le ayudaba una capa que tenía.

No lo pensé mucho tiempo. Yo, las cosas difíciles las hago al tiro o no las hago. El domingo, cuando íbamos a misa, me subí al campanario. Primero, me puse a tocar las campanas. La gente se reunió alrededor de la torre. Mi papá me gritó:

—¡Lucas, baja del campanario ahora mismo!...

Y como soy obediente, bajé. Es decir, me lancé al vacío. No tenía capa, ni falta que me hizo. Primero planeé suavemente, di unas dos vueltas alrededor del campanario y terminé aterrizando al lado de mi papá. Y pasó una



cosa rara: no me castigaron, al contrario, me felicitaron.

Les conté todo esto a la Valentina y al Nacho. Ninguno de los dos me creyó. Se rieron como locos, y me llamaron mentiroso.

Lo peor es que ahora yo estoy empezando a dudar si lo hice o no.

En adelante, los próximos vuelos no se los contaré a nadie.

6 de la tarde. Comiéndome una hallulla con manjar blanco.



noche no podía dormir y no fue por culpa del TERMINATOR II que vi en la tele, porque lo encontré antiguo y risible.

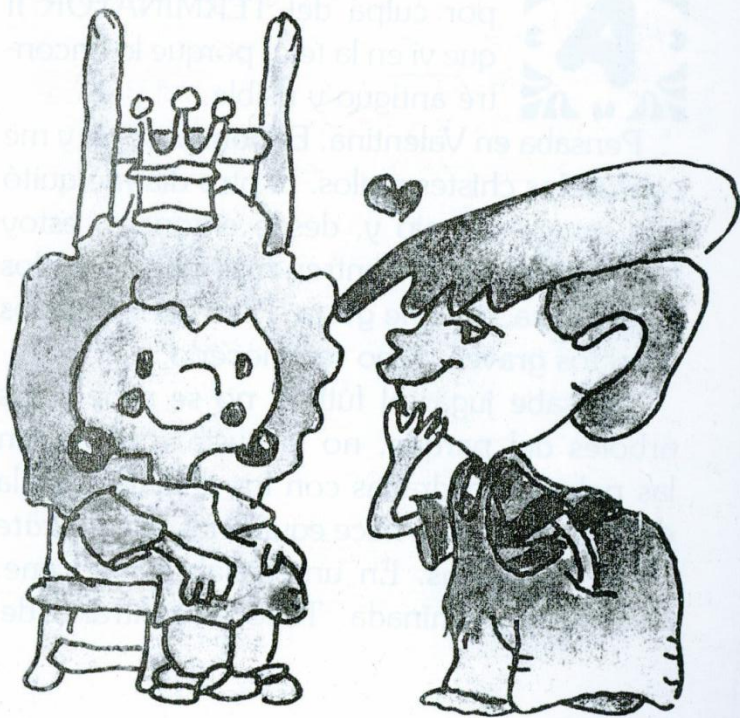
Pensaba en Valentina. Es bonita, se ríe y me celebra los chistes malos. El otro día me quitó una mugre del ojo y, desde entonces, estoy tratando de que me entren más mugres en los ojos. O sea, que me gusta. Pero tiene algunos defectos graves, debo reconocerlo.

No sabe jugar al fútbol, no se sube a los árboles del parque, no le gusta meterse en las peleas a pedradas con los chiquillos de la cuadra, ni siquiera hace equilibrios con el skate en las escaleras. En una palabra, es fome, cobarde y afeminada. Todo lo contrario del

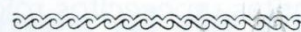
Nacho, que es mi compinche, con el que salgo a cazar arañas peludas.

¿Y por qué me gusta más estar con la Valentina que con el Nacho?

No lo entiendo.



Un sábado de septiembre.



a no puedo ir a escalar al Cajón del Maipo con mi mamá, porque ella está guatona, con mi hermanita dentro. ¡Qué lata!

Para consolarme, me mostraron una foto que le tomó el Doctor. Me llevé un susto. ¡No sé qué vaya hacer con una hermanita tan rara y tan fea!

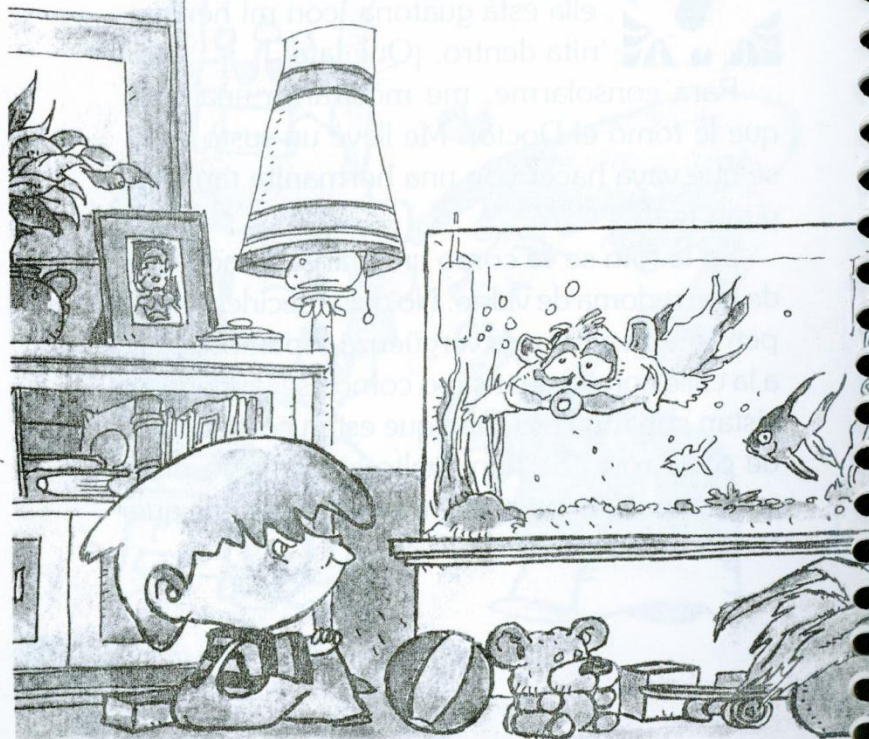
En la foto se ve como un guarisapo adentro de una redoma de vidrio. No quise decirles nada, pero me va a dar una vergüenza espantosa salir a la calle con un guarisapo como ése, aunque lo vistan con toda esa ropa que están comprando de color rosa. Se han vuelto locos. Y yo pido unas zapatillas nuevas y me dicen que las que tengo están bien.

Yo creo que deberían prepararle un acuario bonito y meterla allí. Estaría bien, con plantitas y pececitos rojos.

¿Por qué están tan contentos si nos ha caído encima una desgracia semejante?

Bueno, después de todo, si compran el acuario para ella, será divertido darle de comer junto a los peces rojos.

Tendré que esperar. Si digo algo, seguro que la embarro.



Un día negro, no sé de qué mes ni de qué año.



e dio una pataleta porque pedí una polera del Hombre Araña y nadie me contestó. Van y vienen por toda la casa sin verme. Con mi mamá no se puede contar para nada, porque está medio tontita con la guagua que nació el sábado.

Yo pasé a ser invisible. Puedo hacer lo que quiero y a nadie le importa. Tiene sus ventajas, claro. Ya no me lavo las orejas ni los pies por la noche. No como sopas de verduras ni naranjas ni pescado. Como lo que me da la gana. Veo la tele hasta que me aburro o me quedo dormido y nadie chilla para que la apague.

Pero hacer lo que uno quiere todo el tiempo no es demasiado divertido. Ser invisible era fantástico al principio, pero ahora es triste.



Hoy rayé la pared del living con un lápiz de cera rojo. Escribí: “¡ESTOY AQUÍ! ¡MÍRENME!”

Nadie se fijó en mi rayado. La nana limpió la pared sin decir ni pío. Y las cosas siguen como antes.

¿Tendré que irme a otra casa?

Las 7. Estoy solo en la casa.



Como mi mamá le da la teta todo el día a la Matilde, yo trato de salir con el papá. Él me lleva a todas partes en el auto. Mientras maneja, me cuenta cosas de cabros chicos, porque cree que eso me interesa. Yo le sigo la corriente. No hay que perder la paciencia con la gente grande. Pero, a pesar de eso, a mí me gusta salir con mi papá. Me lleva al Súper, a las canchas del colegio, a comprar plantas raras que luego entierra en el jardín y se le secan, a la casa del Nacho y al parque.

Pero en los últimos días he descubierto algo terrible. Me tiene tan preocupado que me he sacado puros 2 en el colegio y todos dicen que ando pajaroneando.

MI PAPA QUIERE A SU AUTO MÁS QUE A MÍ. ¡Ya está! Lo dije, aunque me duele.

Lo lava con agua jabonosa y una tremenda esponja y, en cambio, yo tengo que bañarme solo, porque ya estoy grande, según él. Le saca brillo con cera y le compra repuestos todos los días. Si yo pido cualquier lesera en el Súper —más por fregar que por nada— me dice al tiro que no.

El otro día armó un escándalo terrible porque alguien, en la calle, le hizo una ralladura en la carrocería. En cambio, yo llego a la casa con las rodillas y los codos sangrando y él ni me los mira.

Por más vueltas que le doy al asunto, siempre llego a la misma conclusión: MI MAMÁ QUIERE A LA MATILDE Y MI PAPA QUIERE A SU AUTO.

¿Y quién me quiere a mí?



Último día de clase y último día de la primavera.



rente a mi casa había un árbol de morera. Yo criaba gusanos de seda con sus hojas tiernas, pero el verano pasado lo cortaron y levantaron en su lugar una torre de alta tensión.

Mi papá y yo protestamos. Pintamos carteles y salimos con los vecinos. Fue bien divertido. no que cortaran el árbol, sino protestar a gritos y armar un tremendo bochinche sin que a uno lo castigaran. Por supuesto, me acompañó la Valentina, aunque le dan asco los gusanos de seda.

Cortamos el tránsito y yo tiré unas piedras. Una quebró un farol. Creo que me pasé un poco, pero es que estaba muy entusiasmado. Vinieron los pacos y terminamos todos



tomando bebidas en la casa de un vecino. Eso sí, nadie nos hizo caso y todo quedó igual.

Cada vez que pasaba por delante de la torre, al ir al colegio, yo la escupía, de pura rabia.

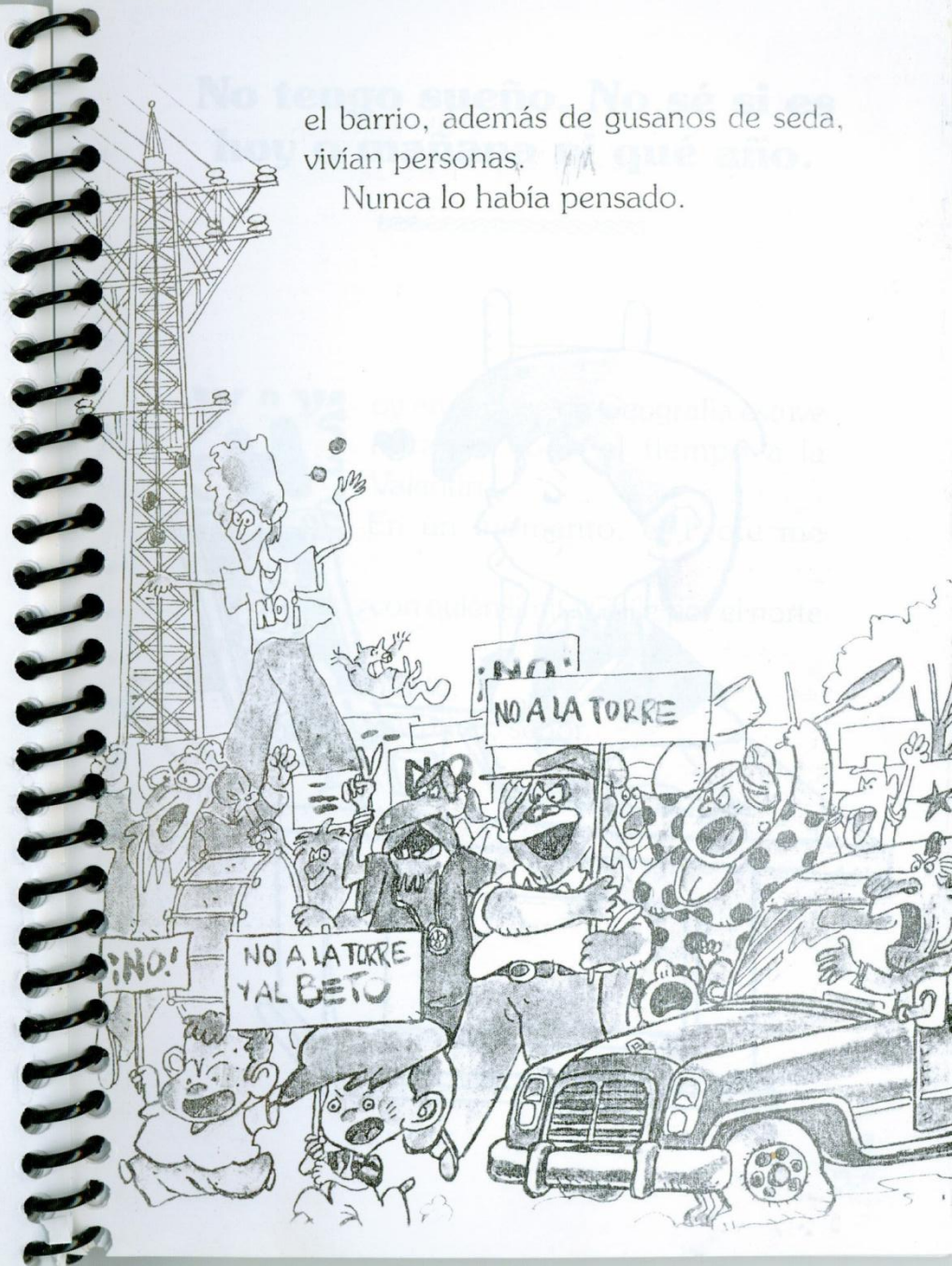
Un día vi que brotaba del suelo, junto a la estructura de fierro, una ramita verde. Unas semanas más tarde, trepaban las ramitas por la torre. No sé si sería por mis escupos, pero al cabo de tres meses el arbolito de mi morera se fue apoderando de la torre de alta tensión. Para la primavera, ya teníamos frente a la casa un hermoso árbol más frondoso que el anterior cubriendo la torre.

Así fue cómo yo pude volver a criar los gusanos de seda igual que antes. No, igual que antes no, mucho mejor que antes. No sé si será por el alto voltaje que tienen las hojas ("NO SUBA POR LA TORRE. PELIGRO. ALTO VOLTAJE"), ahora los gusanitos se crían mucho mejor.

Yo los vendo metidos en cajitas de fósforos a 500 pesos la parejita. Estoy deseando que pongan otra torre de alta tensión para escupirla bien escupida. Pero cuando se lo dije a mi papá, se puso furioso y me dijo que en

el barrio, además de gusanos de seda, vivían personas.

Nunca lo había pensado.





No tengo sueño. No sé si es hoy o mañana ni qué año.



oy en la clase de Geografía estuve mirando todo el tiempo a la Valentina.

En un momento, el Profe me preguntó:

—Lucas, ¿con quién limita Chile por el norte y por el sur?

Y yo le contesté:

—Con la Valentina, señor.

Septiembre. Salió el sol. Mañana, quién sabe.



sta tarde empezó la competencia. Va a ser dura, larga y con trampas, como tiene que ser, y me preparo para eso.

SuperFlash se portó como un campeón. Casi al llegar a la meta, se adelantó y dejó a todos los otros, por lo menos 10 centímetros más atrás.

Me acusaron de dopaje, que yo le ponía ají en la cola. ¡Mentira! Nunca he usado ají en las carreras de caracoles, a veces, un poco de azúcar, eso sí, pero eso no está prohibido.

A SuperFlash lo cuido como a un hermano, le doy hojitas tiernas de lechuga, por eso gano.

La Valentina dice que los caracoles son asquerosos. A ella no le interesa absolutamente



nada que SupeFlash esté o no esté entre los Top Ten. Las mujeres no entienden de Alta Competición.



Hoy no tengo ganas de escribir nada y tengo ganas de algo que no sé lo que es.



or qué voy a llorar...? (aunque tengo ganas). Además, el cielo está llorando por mí. Ha llovido todo el día.

La Valentina se fue con el Beto a la primera función de la tarde para ver "King Kong". Está claro que a la Valentina le gustan los gorilas como el Beto. Habrá estado mirando en la pantalla a King Kong y en la butaca del lado, a otro gorila comiendo cabritas como una fiera desaforada.

Hace un rato, le arranqué todas las páginas a mi primer Diario, en el que hablaba de Valentina y con las hojas hice barquitos de papel.

Junté los 30 barquitos de guerra que resultaron del destrozo de mi Diario y los



coloqué en el agua que corría por la calle y bajaba hasta la casa de la Valentina.

Es una declaración de guerra en toda regla. Va dirigida especialmente a ti, Valentina, y también al Beto y a King Kong.



Hace un rato no más. Cerré la puerta con llave.



i mamá se niega a reconocerlo, a pesar de que se lo dejé bien clarito: toda la casa huele a guagua chica. ¡No hay quién aguante el tufo a pañales, a talco, a papas agrias, a colonia hedionda, a leche en polvo, a vomitona de guagua chica, a caquita de guagua chica!

Eso podría ser soportable, si me dejaran solucionarlo a mi manera. Me puse, por ejemplo, un perrito de la ropa apretándome la nariz, pero cuando me vieron me llevaron al living, me quitaron el perrito de la ropa de la nariz y me hablaron suavemente, como lo hace el psicólogo del colegio. Me explicaron no sé qué. Yo me puse el piloto automático, no oí nada de lo que me dijeron y la cosa no tuvo consecuencias.



En realidad, sí las tuvo... ¡y terribles!: ahora, cuando abrazo a mi papá y a mi mamá —cosa que a mí encanta hacer a cada rato— me doy cuenta de que los dos huelen también a guagua chica.

Estoy empezando a sospechar una cosa horrorosa: ¡Yo también debo oler a caca de guagua chica!



Hoy, pero contando cosas de ayer.



ayer decidí poner las cosas en su lugar, como dice mi papá cuando no sabe qué hacer ni como poner las cosas en su lugar.

¡Hablé a calzón quitado con la Matilde! La acababan de bañar y por eso estaba a calzón quitado sobre la cama. Creo que me entendió perfectamente. Ella tiene ya 3 meses y recuerdo que, a esa edad, yo veía los dibujos japoneses en la tele y usaba las tijeras de maravilla para cortarle las corbatas a mi papá. De manera que si puso cara de pajarona cuando yo le hablé, es porque se hizo la sueca.

—¡Mira, guagua llorona, dormilona y comilona, eres una gorda insoportable! Desde que apareciste, cambió mi vida. Si estás dormida, hay que andar en puntillas. Si estás



llorando, hay que desaparecer porque a uno le puede tocar un coscacho perdido. Si estás mamando, no se puede hablar con mi mamá, porque dicen que si mamá de una mamá nerviosa se le corta la leche. En una palabra, cabra de miéchica... Voy a pedir una división de la casa. El segundo piso para ti y mis papás —que ya no sé si son los míos o fui recogido de un contenedor de la basura— y el primer piso para mí, donde puedo tener a Puercoespín, la tortuga Tuga, la cría de gusanos de seda, mis monos animados y los autos a control remoto.

Me entendió perfectamente, incluso, se rió. ¿Qué se habrá creído?... Reírse de una Declaración de Independencia que puede cambiar mi vida.

Mi perro tiene más sentido común que esta enana rosada que se chupa el dedo gordo del pie. Yo me fui a mi pieza y traté de chuparme el dedo gordo, pero no pude. Seguro que la enana rosada terminará en el futuro en el circo. Mi



papá será el domador de las fieras y mi mamá la trapecista de la cuerda floja.

¡Pero para mí no hay cabida en este circo!
¡Mejor para mí y peor para ellos!



Ya pasó una semana más o menos de lo que voy a contar. ¿O más?



El viernes adopté a un gato. No lo hice así, de sopetón, a tontas y a locas. Yo pienso bien las cosas.

Lo había visto muchas veces, al acecho, sobre las tejas del techo del garaje, esperando que se asomara por ahí un gorrión huacho despistado. Pero si los gatos gatean, los pájaros no pajarean, así que el cucho no cazaba ni cuncunas, que son más torpes que el Beto haciendo gimnasia.

A veces, yo le ponía algo de comida sobre el techo, pero me pillaron dándole un plato de camarones en salsa rosa que tenía preparado mi mamá, porque habían invitado al jefe de mi papá para que lo tratara bien en la pega. No sé por qué se armó la trifulca. Los camarones del jefe se los comió el gato en un santiamén. Yo



no lo habría hecho —quiero decir, comer esa cosa rosada asquerosa—, pero se ve que el jefe de mi papá tiene gustos de gato huacho.

No sé lo que estaba contando... la historia de los camarones u otra cosa.

Ah, ya sé, era la adopción del gato. Cuando metí al gato en mi pieza fue la segunda batalla campal. Todos gritaban a la vez: la nana, mi mamá y mi papá. La Matilde no decía ni pío, en primer lugar, porque no es pájara, y en segundo lugar, porque solo tiene 6 meses.

—Que si ese gato no es tuyo.

—Que eso es robar mascotas o secuestrarlas, por lo menos.

—Que a lo mejor tiene sarna.

—Que vendrán los carabineros.

Esto último sí me preocupó un poco. Cuando suena la sirena de un coche patrulla siempre creo que vienen a buscarme a mí y me meto debajo de la cama.

Decidí hacer las cosas bien desde el principio. Le hablé a un carabinero que está de punto fijo en la puerta de mi colegio.

—Señor sargento.

—Carabinero, no más.

—Señor carabinero... ¿qué tengo que hacer para adoptar a un gato huacho?

El carabinero me dijo:

—Darle de comer, no más.

—¿Nada más que eso?

—Nada más.

Ya tenía la aprobación oficial, así que ese viernes adopté al gato.



Le hice una documentación provisoria.

NOMBRE: GATO.

EDAD: CHICO.

PADRE: EL LUCAS.

Y guardé el papel, por si las moscas.

Le doy de comer todos los días. Claro que ya no come camarones, sino pavo y paté de hígado de pato (eso dice en el envase de vidrio).

Anoche, después de darle un tarro de centolla en conserva, estuve pensando que si el gato está legalmente adoptado solo porque yo le doy de comer, eso quiere decir que yo soy un niño adoptado también, porque mi papá y mi mamá también me dan de comer.

Ahora me explico todo: que tenga que lavarme las orejas contra mi voluntad; que no me compren las zapatillas Adidas fluorescentes; que me acuesten temprano cuando viene el jefe a comer, porque se avergüenzan de mí; que se preocupen todo el día de la Matilde y me manden al colegio, en vez de dejarme todo el día jugando y durmiendo como hacen con la guagua...



Está clarísimo: soy un niño adoptado, igualito que mi gato huacho. Ni siquiera tengo papeles oficiales en regla como tiene mi gato GATO.

Mañana los denunciaré al carabinero que está en la puerta de mi colegio.





Julio, creo. Está lloviendo.



ace una semana que estoy aplicando con mi hermana Matilde la estrategia de la indiferencia total. Para mí, no existe. No sé cómo lo consigo, pero lo consigo. Miro a la cuna y no la veo. La tiene mi mamá en brazos y sólo veo a mi mamá regaloneando un paquete. Entro al baño cuando la están bañando, y solo veo la espuma del jabón. En el parque, mi papá empuja el cochecito y yo veo en su lugar el carrito del Súper, lleno de pañales, detergente y papillas asquerosas para las guaguas.

Pero bastó que hoy, cuando no había nadie en la pieza, me acercara a su cuna y ella se riera y me alargara los bracitos, para que yo la empezara ver por primera vez.



La tomé y la tiré al aire. Se rió a carcajadas. Y me pareció linda, suave, olorosa y risueña. Se acurrucó contra mí y frotó su carita con la mía. Y a mí me dio como algo que no sé lo que es. ¿Cómo no la había visto antes si es tan bonita y tan divertida?

Eso sí, no diré ni una palabra a nadie de todo esto, porque me da vergüenza.

Hoy por la noche muy tarde. Después de ayer, es decir, después de mi cumpleaños.



umplí 7 años.

¡Qué terrible es llegar a viejo!

Hoy le dije a la Valentina:

—¡Ya sé por qué no viniste a mi fiesta ayer: a ti no te gustan los viejos!

Ella se rió y me dijo:

—¡Claro, por eso!

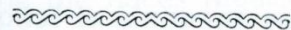
Y se fue corriendo.

Me miré en el espejo y me vi tal como soy: un viejo pelado, porque mi mamá me cortó el pelo al cero. En el colegio me pegaron dos piojos. Uno, seguro que es del Beto; era un piojo gordo como él.

Los viejos también tenemos nuestros derechos e izquierdos. No pienso volver a mirar a la Valentina. Además, voy a cambiar de "look".

“Hay que respetar a los viejos”, dice mi papá, y la Valentina no me tiene ningún respeto.

Antes de ayer, ayer y hoy. Estoy escribiendo harto porque tengo un pie enyesado.



ay que colaborar con el psicólogo”, me dijo mi mamá. Parece que el pobre lo pasa muy mal, debe sacar muy malas notas y lo castigan. Lo comprendo.

Mi mamá va los sábados por la tarde a la Parroquia para ayudar a los pobres a que sigan siendo pobres, pero contentos.

Mi papá asesora a los campamentos de verano de la *pobla*, para que no se ahoguen en la playa. Se ahogan dos o tres, no más, gracias a mi papá.

Son buenas personas mis papás, lo menos que puedo hacer es ayudar al psicólogo, si me lo piden ellos.

Me recibe con la cara que pone la gente cuando tiene un grano en el traste. Para

alegrarlo, yo le cuento un chiste muy malo que me contó el Nacho y el psicólogo lo anota en una libreta. ¿Para qué lo hará si es fome y ni se rió siquiera? Además, yo los cuento re mal, no como el Nacho, que cuenta las películas mejor de lo que son.

Luego, me pregunta si tengo problemas en el colegio. Y yo le digo que sí, que la raíz cuadrada siempre me ha parecido redonda y achatada en los polos. Y él anota y anota. Debe de tener que hacer las tareas. Pobre, seguro que le han prohibido mirar la televisión.

Me pregunta que si duermo bien. Alguien le habrá contado que me duermo en la clase de Historia y en la de Religión.

—No, señor, yo no me duermo nunca.

Y él anota algo y me da pastillas para dormir, que yo se las doy a mi perro para que se quede zeta cuando viene la Valentina, porque le tiene terror (ella al perro, y no al revés).

Yo, al “Psico”, le llevo regalos para que no se sienta marginado ni deprimido.



La semana pasada, por ejemplo, le regalé un tremendo escarabajo negro, al que llaman “la madre de la culebra”, que cacé en el Cajón del Maipo. Lo metí en mi estuche del colegio. Cuando le pasé el estuche cerrado, “el Psico” ni se sonrió.

—¿Por qué me haces regalos?...

¿Por qué quieres que yo esté contento?... ¿Quieres conseguir algo de mí?

—Sí, que cambie de cara. La única que le conozco es triste. Seguro que tiene otra.

Y él anotaba y anotaba.

Abrí el estuche y “la madre de la culebra” salió como un tren expreso por el escritorio.

El “Psico” me gritó:

—¡Guarda ese bicho asqueroso!

—¡No es un bicho! —le dije—. ¡Es una “Amiramis Solifómena”! No tenga miedo. No come carne humana, ni siquiera la de los psicólogos. Solo se alimenta de la savia de los alerces.



Para calmarlo, traté de volver a meter el escarabajo dentro del estuche, pero pasó del escritorio a la pierna del Doc. Se puso a gritar. Llegó la secretaria, pero en vez de ayudar, se puso a gritar más fuerte y se subió al escritorio.



Finalmente, conseguí convencer a la "Amiramis Solifómena" que se metiera en el estuche.

—¡No me traigas más regalos! Todo esto revela carencias afectivas muy inquietantes.

Y se puso a escribir de nuevo.

—¡Tomarás estas pastillas nuevas. Espero que den resultado!

¡Qué triste se puso "el Psico"! Me dio tanta pena que, al despedirme, quise darle un beso. Retrocedió más asustado que cuando vio "la madre de la culebra".

—¡No se besa a los doctores!...

Y corrió a anotar algo en la libreta.

Pobre, no sé qué hacer para ayudarlo.

12 de octubre. Este día alguien descubrió algo. No sé cuándo.



arece que “el Psico”, ya saben, el que tiene cara de dolor de muelas y habla bajito, como cura en el confesionario, le dijo a mis papas que yo tenía algo raro, un problema grave, que no era de álgebra, sino de rabia contra mi hermanita. ¿De qué habla el psicoco éste?... Si yo le diera coscachos a la Matilde, tendría razón, pero no, yo solo le hablo bien clarito y no le dejo pasar ni una a la enana rosada.

—¡Chiquilla insalubre con olor a guagua, toma tu bolsa de pañales y mándate a cambiar, que no quiero ver más tu cara de poto!

Eso es todo: un puro diálogo civilizado, ¿o no?... ¿Pretenden amordazarme?... Y digo diálogo, a pesar de que ella siempre me contesta de manera grosera:



—¡Agú... agú... agú... agó... baba...! —y a ese intercambio de ideas, “el Psicoco” lo llama rabia peligrosa. El único que corre peligro es él, porque varias veces he tenido ganas de darle un mordisco en esa mano regordeta que escribe todo lo que yo digo.

Parece que él les recomendó a mis papás que me consigan, sea como sea, otro hermano. Eso lo supe por mi nana, que es copuchenta y me tiene bien informado de todo. Pero yo quiero adelantarme a la catástrofe. Cuando me llevaron a tomar onces al Tavelli, yo les hablé “al pan pan y al chocolate chocolate”...

—Si van a inventarse otro hermanito para mí, les advierto que yo pongo mis condiciones. Vayan anotando, aunque sea en las servilletas de papel, como hace el Psicologo.

En primer lugar, exijo que mi hermano nazca con bototos de fútbol y la camiseta N° 10 del Real Madrid, firmada por Beckham. Segundo, que no salga de la guata de mi mamá hasta que no coma solo y hable inglés, para que me ayude en las tareas. También que sea más alto que yo para que me defienda del Beto (si viene armado como Terminator, mucho mejor).

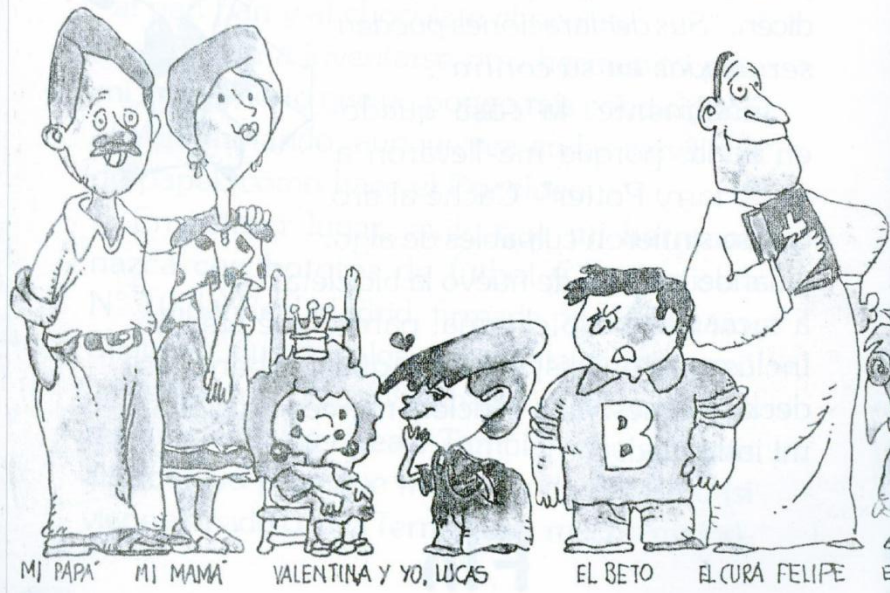
Pero, sobre todo —y ésta es una condición fundamental— que no use pañales. Sería humillante y vergonzoso para mí —y no pienso hacerlo— tener que cambiarle los pañales en la mitad de un partido de fútbol o en la pelea con la pandilla del otro barrio.

Mi mamá lloriqueó un poco, no sé por qué (o, a lo mejor, lloró de la risa, no estoy seguro). Mi papá quiso grabar mis declaraciones para llevárselas al “psicólogo” ése lo antes posible, pero yo me negué. En las películas dicen: “*Sus declaraciones pueden ser usadas en su contra*”.

Finalmente, la cosa quedó en nada, porque me llevaron a ver “Harry Potter”. Caché al tiro que se sintieron culpables de algo. Cuando les pida de nuevo la bicicleta, voy a sacar de nuevo el tema, parece que resulta. Incluso estoy dispuesto a que graben mis declaraciones. Una bicicleta merece traicionar mi intimidad.



Fin



MI PAPA'

MI MAMA'

VALENTINA Y YO, LUCAS

EL BETO

EL CURA FELIPE

EL NIÑO

EL TÑO

EL "PSICO"

LA "NANA"

EL PROFE

MATIAS